

SEMINARIO DE LETRAS

EL POEMA DEL CID.

Los alumnos del curso de Historia de la Literatura Castellana han tenido como tema de su primer trabajo del año una apreciación del "Poema de Mío Cid"; pero no un estudio global sino un análisis deliberadamente fragmentario que permitiera componer, uniendo luego las diversas facetas, los rasgos esenciales, literarios y humanos, del primer gran monumento de la literatura en lengua de Castilla.

Los aspectos sugeridos a los alumnos, o buscados por ellos, fueron varios y expresivos: "España en la época del Cid", "Aspectos geográficos de España en el Poema de Mío Cid", "El Cid ante la historia y la poesía", "El Cid y Alfonso VI", "La organización social en el siglo XI", "Los perfiles humanos en el Poema del Cid", "El Cid, figura simbólica de España", "El Cid esposo y padre", "Las hijas del Cid", "Indumentaria del Cid en paz y en guerra", "Realismo e idealismo en el Poema de Mío Cid", "El optimismo en el Poema del Cid", "La España caballerescas a través del Poema de Mío Cid", "El Poema del Mío Cid y la Chanson de Roland", "El lenguaje y la forma métrica en el Poema de Mío Cid".

De ellos he escogido los tres trabajos que—totalmente en un caso, parcialmente por razones de espacio en los otros—se leerán en seguida. Son expresiones de un conjunto, que revelan con qué amoroso resultado se acercaron directamente los alumnos a la figura real y literaria, noble y gallarda en ambos casos, de Ruy Díaz de Vivar. Como en la exacta y recia imagen se podría decir que también en estas páginas, "polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga".

A. M. Q. S.

LOS PERFILES HUMANOS EN EL POEMA DEL CID

Se ha llegado a la afirmación, fundamentada e indiscutible, de que existe en el "Poema de Myo Cid" menos vigor de imaginación que en "Los Nibelungos" o en "La canción de Rolando", pero que, en cambio, se pisa sobre una tierra firme y clara de humanidad. Esta consideración abona el pensamiento sobre el genuino carácter hispano del poema y termina, obviamente, con la creencia en la presunta acción influyente de la épica francesa en la España del medioevo, al mismo tiempo que relleva uno de los más notables y peculiares aspectos que nos presenta el Poema del Cid: su neto perfil humano y la grandeza y significación literaria de su estilo sobrio, espontáneo y ponderado.

Casi nada responde en él a la mera elaboración de la pura fantasía porque es una obra fundamentalmente histórica que, aún cuando a veces lo deja de ser, no atenta contra la Historia. Tampoco llegamos a encontrar en sus páginas, preñadas de vida plena, el aliento sobrenatural, gigantesco, de "lo maravilloso" que penetra en la complejidad de los problemas del mundo para presidir u obstaculizar la marcha hacia los destinos del hombre. Rodrigo Díaz de Vivar, infanzón leal perteneciente a la categoría segunda en la rígida armazón social de esos tiempos, no encuentra en los momentos supremos en que confronta el problema del destierro con su secuela de penurias, el apoyo indispensable que requiere. Ni dioses ni fuerzas de la Naturaleza brindan al caballero sin tacha una esperanza o un auxilio, y hasta los vecinos de Vivar y de Burgos cierran cuidadosamente las puertas al soslayar su peligrosa presencia por las calles. Y es tan sólo en los instantes anteriores a la partida inevitable que, aún en sueños y fugazmente, aparece para animarlo en sus tribulaciones el arcángel San Gabriel:

"Cavalgad, Cid,—le decía—el buen Campeador,
ca nunqua en tan buen punto cavalgó varón;
mientras que visquiéredes bien se fará lo to".

Contrariamente que en la épica francesa, en la que siempre participa de las acciones el elemento superior de "lo maravilloso", notemos la presencia de lo sobrenatural un poco pagano en la literatura española: la superstición. Al Cid siempre le preocupa la dirección diestra o siniestra en el vuelo de las aves, y jamás se aventura en la realización de empresas en las que no ha contado anticipadamente con la feliz colaboración de augurios prometedores,

Marca Rodrigo Díaz, en todas las etapas del destino que le ha señalado la autoridad suprema de Alfonso VI, las notas de un espíritu elocuentemente humano y leal. Se preocupa por la situación económica precaria de su mujer y de sus hijas, y formula promesas de procurar un futuro conveniente a Doña Elvira y Doña Sol; urde con el fiel Martín Antolínez la astuta estratagema de las arenas de arena para engañar y sacar dinero a los judíos Raquel y Vidas, y cumple con una puntualidad minuciosa la obligación de enviar más tarde, y desde el destierro, el dinero para la atención de los suyos transitoriamente asilados en el monasterio de San Pedro de Cardena. Y, como en esto, en todo actúa el Cid Campeador así. Renueva en los más mínimos instantes de su peregrinar hazañoso la lealtad al monarca, y lucha incesantemente por la mayor gloria de España tanto como por el alucinante incentivo del botín. Sobrio en sus actitudes y en su hablar, contrasta con los arrogantes y espectaculares caballeros de la épica extranjera; y hasta llega al extremo de carecer de la frecuente fuerza de arrebató sentimental de los personajes de epopeya, pues su único testimonio galante dice, escuetamente, así:

“Ya doña Ximena, la mi mugier tan complida,
Commo a la mie alma yo tanto vos quería”.

El espíritu castellano se muestra en todo el poema realista y parco en palabras, mas intenso en emoción. No hay casi empleo de metáforas ni de giros literarios exagerados, por lo cual su grandeza épica se alimenta de sencillez y de humanidad. Así, para describir el paisaje del alba antes de la caída de Castejón, se dice: “Ixie el Sol, ¡Dios, qué fermoso apuntava!”. Y, para significar la honda sensación de dolor y amargura por la marcha hacia el destierro, escribe el anónimo autor: “Llorando de los ojos que non vidiestes atal, assís parten unos d’otros commo la uña de la carne”.

Extraemos del poema la enseñanza de que los amanerados ornamentos del estilo envejecen segura y rápidamente mientras que sólo permanecen los hechos expuestos serenamente y las reflexiones o procesos formulados con hondura y con sobriedad. “El poema de Myo Cid” se lee con el espíritu con que se lee un relato agradable que entretiene, al mismo tiempo que con la unción intelectual con que se coge una obra representativa que pone intensos matices de drama en los incidentes de un argumento interesante y verosímil.

“Cuando gelo dizen a mio Cid el Campeador,
una gran ora pensso e comidió;
alzó la su mano, a la barba se tomó”.

Pensábamos en la reacción explosiva y radical frente al ultraje que sufriera, y sólo nos encontramos con la reflexión silenciosa y con el dolor oculto por la grandeza de su temple espiritual; y, así, habrá de decir más tarde:

“Adúgamelos a vistas, o a juntas o a cortes,
comme aya derecho de ifantes de Carrión,
ca tan grant es la recura dentro de mi corazón”.

Así es el épico poema del Cid; intenso dentro de su formal sobriedad, movido, representativo, típico de lo que la España del medioevo tuvo de religiosa, de caballeresca y, sobre todo, de española. Todo en la obra está nimbado por el halo ideal de una belleza que impresiona; la descripción dramática del efecto producido por la noticia infausta que el Cid recibe, como el simple y certero juego de comparación de la despedida con el dolor de la uña que se separa de la carne, o las rápidas descripciones del paisaje con sol al amanecer. Nada deja de recibir el efluvio poético en la obra; ni la ligera presencia de la niña que, en Burgos, le pide al Cid que se marche, ni las sencillas palabras finales estampadas en el segundo capítulo por el anónimo escritor:

“Las coplas deste cantar aquí van acabando.
El Criador vos vala con todos los sos santos”.

CARLOS VELIT.

EL CABALLO, LA GUERRA Y EL HEROE

El caballo

Los protagonistas del poema son todos jinetes (caballeros); sus peleas las realizan a caballo, aunque en determinadas circunstancias se lucha a pie.

Fogoso y retozón es por naturaleza el caballo del héroe. Causa alegría verle en pie castigando el suelo con sus patas que son

veloces y de gran resistencia. Tras él quedan nubes de polvo que se comparan con la flecha o con el rayo. El poema dice que Babieca, que lo había ganado el Cid al rey moro de Sevilla:

“fizo una corrida—esta fo tan estraña,
cuando ovo corrido—todos se maravillan”.

Prefieren un animal de gran vigor y fogosidad que no uno ligero y elegante de paseo.

El héroe cuida y adorna su caballo:

“..... a cubiertas de cendrales
y pretal de cascabeles”.

Y es el leal compañero que comparte la fama con el héroe.

La guerra

La guerra en la Edad Media es una ocupación noble. En muchos casos no se hacía por cumplir un deber con su país—defensa de Valencia que hace el Cid contra el rey moro Búcar—sino por placer, por ganar glorias o riquezas: v. gr.: las conquistas que hace el Cid durante su destierro.

Tampoco era necesaria una declaratoria de guerra; los ataques eran emboscadas en los caminos o asaltos por sorpresa a las ciudades. El ataque victorioso era seguido del saqueo a la población vencida; ropas de valor, ganado, caballos, armas, en suma todos aquellos objetos que por utilidad o belleza pudieran despertar la ambición de los vencedores.

Otra forma de ataque es el cerco que se hace a las ciudades, privándolas de agua y víveres. Tomín rey de Valencia cerca Alcocer, que sólo mediante una tenaz resistencia de parte del Cid puede ser salvada.

En la guerra son necesarias la capacidad intelectual, la rapidez de acción y hasta la inventiva que entra en juego imaginando argucias.

El carácter público de la lucha, es decir que fuese a vista de sus amigos y enemigos, constituye un muy grande y poderoso aliciente para el esfuerzo y el vigor de cada individuo. Los duelos, torneos y batallas tienen este carácter; por eso el hombre que en su casa siente temor por la muerte, junto a sus camaradas la con-

templa frente a frente y con serenidad, apoyándose en su honor de caballero y en el estímulo que representan sus camaradas.

La guerra desarrolla el tacto, la capacidad de adoptar decisiones rápidas—defensa de Alcocer—y la sangre fría del guerrero.

La más elevada enseñanza de la guerra, es la disciplina. Los estandartes, la música, la indumentaria, etc., sirven para unificar las tropas, dándole conciencia viva a la disciplina que es solidaridad y subordinación.

Sobre esta base el Cid organiza sus encuentros. Para saquear divide sus gentes en una retaguardia o zaga a sus propias órdenes y una vanguardia o algara mandada por Alvar Fáñez.

La algara se componía de la mitad del total de los combatientes, pero el Campeador divide su ejército en un tercio de zaga y dos tercios de algara, con la cual Alvar Fáñez recorre Henarés y el Cid gana Castejón.

En otra ocasión Alvar Fáñez propone un movimiento combinado que consiste en atacar al enemigo por las dos alas con un feliz resultado.

Toda conquista termina con el saqueo y el botín.

El héroe

“Es la piedra fundamental sobre la cual descansa todo el edificio de la poesía heroica”.

El héroe físicamente es robusto y vigoroso, de elevada estatura; las manos ásperas y sangrientas, sientanle más que las delicadas y blancas. Sus ojos brillan con energía; las miradas del héroe son capaces de paralizar y “convertir en piedra”:

“Mio Cid fincó el cobdo—en pie se levantó,
el manto trae al cuello—e adeliñó para león—
el león quando vió—así envergoncó
ante mio Cid la cabeza—premió e el rostro fincó”.

El cabello debe ser largo, porque simboliza el vigor masculino. Y, en última instancia, el héroe tiene la obligación de ser astuto.

A esta naturaleza externa del héroe corresponde una naturaleza interna que es muy superior a la común y cuya excelsitud se explica por ser de una estirpe sobrenatural.

Su exaltado idealismo tiene por fin alcanzar el honor; es animoso hasta la exageración; feroz hasta el salvajismo; duro ante los padecimientos, como el acero. Frente a las excitaciones espiri-

tuales, conserva el héroe cierta flema para no dejarse influir por las impresiones externas.

El Cid recibe la noticia de que sus hijas son objeto de malos tratos, permanece meditando durante una hora, pone después la mano en su espada y dice:

“Por mi barba, que nadie hasta ahora ha mesado, no toleraré tal cosa de los infantes del Carrión”.

Es fiel y agradecido, tenaz y altivo, es también veraz y adora la franqueza con el mayor entusiasmo.

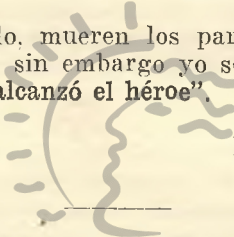
Variados son los motivos por los cuales el héroe combate: posesión de dinero porque “nunca tiene el hombre bienes y fortuna en exceso; posesión de una mujer bella que le “quita el sueño”, etc.

El competir con otros es algo innato y vital en todo aquél que es fuerte y animoso, pero su mayor anhelo es ganar la gloria.

Dicen los Edda:

“muere el ganado, mueren los parientes—también a tí te encontrará la muerte—; sin embargo yo sé de algo que vive eternamente: la gloria que alcanzó el héroe”.

RENÉE A. VÁSQUEZ.



PERDURACION DEL CID
Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»
Remembranza histórica

A la muerte del héroe, la Historia empieza a realzar su brillante figura. Así la Historia de Rodereci, describe de una parte el heroísmo de fidelidad, y de otra, el heroísmo bélico. Pasado medio siglo, sus gloriosas victorias pasaron a la Historia General de la nación, conociéndose tanto en León como en Rioja, en Aragón como en Portugal. Merece el señor de Vivar la admiración de todos, aún de sus enemigos. “El Cid fué el más poderoso caudillo del siglo XI, y el único que conquistó por sí solo un principado”, dijo Dozy.

La Historia apreció en su verdadero valor la obra del Cid. Juan Rufo en su apotegma lo llamó: “Catedrático de valentía”, y lo fué en realidad para las generaciones venideras. Su recuerdo se adentró en el alma del pueblo que veía en él, un titán siempre victorioso. Su recuerdo animaba a Jaime I, en la definitiva conquista de Valencia, que al batallar usaba la espada Tizón, ga-

nada en aquellos campos por el Cid a Búcar. Se cuenta como un prodigio que los huesos del Cid se agitaron dentro de su sepulcro la víspera de la batalla de Navas; y siempre los españoles lo sintieron resucitar en los momentos más difíciles de su vida. Reyes, infantes, caballeros, el pueblo todo, acudían a él, cuyo recuerdo era fuerza animadora. ¡Siempre hallaron en él ejemplo de esforzado afán para alcanzar la victoriosa palma!

Remembranza poética

Pero el Cid, “el bienhadado”, también fué un perdurable tema poético. Antes de aparecer el poema se escribió bastante. Sale a luz en un momento en que la lengua española vivía muy modestamente, incapaz para producir grandes obras literarias, y fueron precisamente los ideales cidianos, los que, ya arraigados en el espíritu del pueblo, llevaron el balbuciente idioma hacia alturas insospechadas, para cantar en ese poema, el primero que adquirió fama trascendental, las aspiraciones, ideas y costumbres, la moral y el derecho hispanos.

Se siguió cantando hasta el siglo XV; lo cantó la vigorosa poesía de los romances, que fué repetida y aún se repite en muchos pueblos. Revivido en el teatro clásico, neo-clásico, romántico y actual, la literatura española consagra importante sitio al Cid, y así, su recuerdo poético es algo inseparable de la misma hispanidad.

Después de haber producido el poema, en España, ésta eclosión grandiosa, como energía arrolladora, trasmontó los Pirineos, y surcó los mares que circundaban su patrio suelo y arribó al puerto azul de la imaginación de tantos poetas. En Francia con su arrolladora sencillez fecundó la moderna tragedia: “Le Cid”, en la que la juventud francesa, siente la griega perfección de su arte, unido a los exóticos nombres de Rodrigue y Chiméne; más tarde poetas de renombre universal como Víctor Hugo, Leconte de Lisle, y otros, renovarán los temas cidianos. Espoleando su Babieca, cruza el Rhin y llega a Alemania, en donde se cantarán los amores de Rodrigo y Jimena tanto como los odios de Sigfrido y Khrimilda.

Surcando mares llegará a Inglaterra para fecundar los poemas de Lokhart y Gibson; en Italia, el Romancero Cidiano de Monti; en Dinamarca, los fragmentos compuestos por Begger. Siempre surcando y alejándose más de su patria, llegará hasta Oceanía, en donde los tagalos tienen también su poema: Búhay ni don Rodrigo at ni doña Jimena.

El lazo ideal del Cid con España, que la cidofobia del siglo pasado ha pretendido disolver, seguirá indestructible en el espíritu del pueblo, y hoy, como ayer y mañana, siempre tendrán alto sentido las sencillas palabras que, con letras de oro, pusiera el poeta anónimo:

“A todos la honra alcance por el que en buena hora nació”.

JUAN CONTRERAS SOSA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»